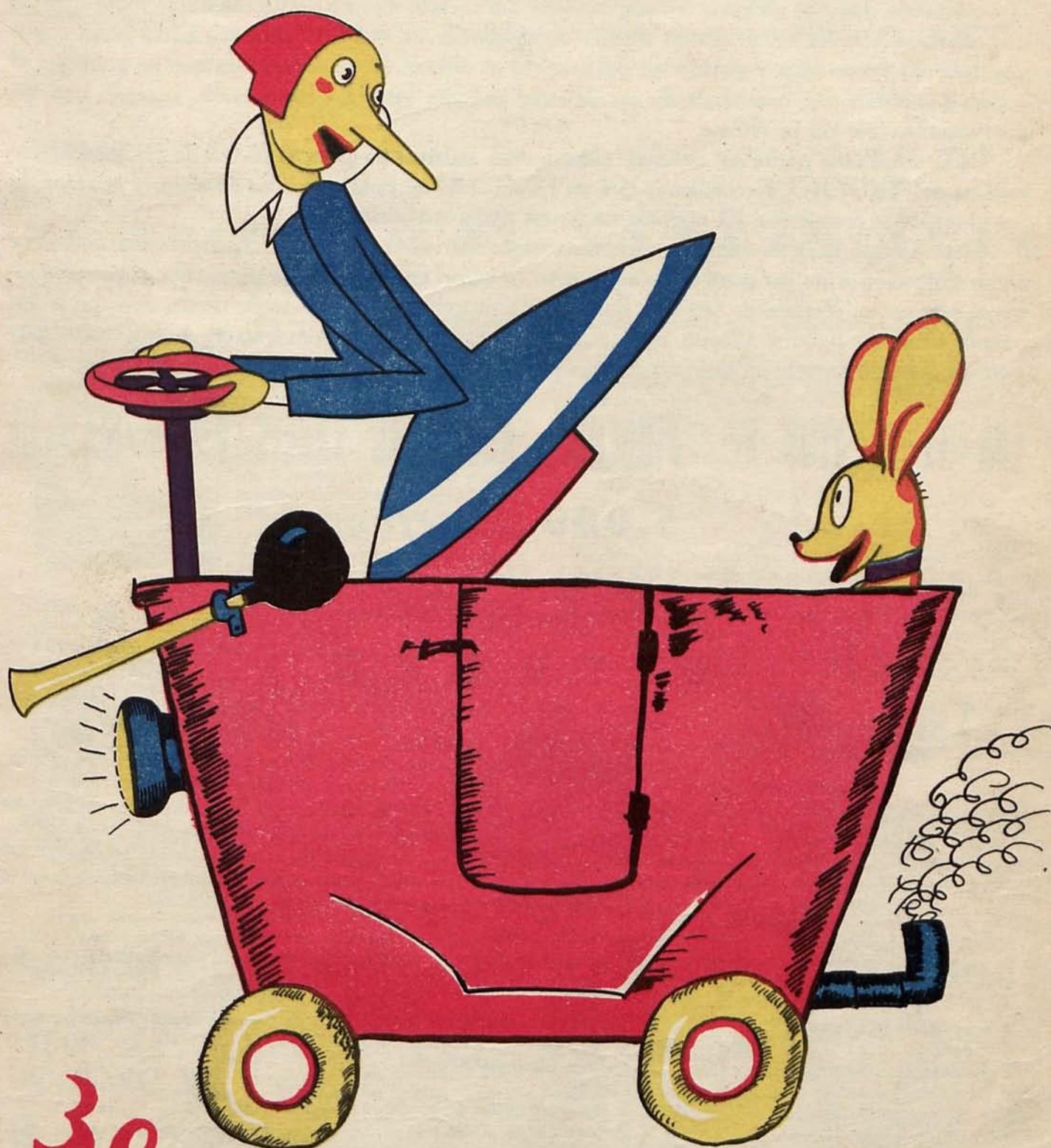


RINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 13.

17. MAYO
1925.



30
Cents.



PINOCHO

SIEMPRE JUSTO Y AMABLE

ACCEDE A UN RUEGO

DE SUS AMIGOS



Muchos pinochistas se han dirigido a su amigo Pinocho diciéndole que es muy difícil reunir cincuenta cupones para el sorteo de regalos. Como el deseo de PINOCHO ha sido siempre que en ese sorteo prueben su suerte todos sus amigos, ha decidido inmediatamente reducir los **cincuenta** cupones a **OCHO**, que se publicarán en ocho números seguidos, empezando por éste. Naturalmente, eso nos obliga a retrasar la fecha del sorteo, que no podrá realizarse hasta que todos nuestros lectores hayan tenido tiempo de enviarnos los **ocho cupones**. Estos ocho cupones deberéis recortarlos y guardarlos del primero al último. En el número en que se publique el cupón 8 daremos una cuadrícula donde deberán pegarse los ocho cupones, de acuerdo con las instrucciones que allí se dirán.

Cada pinochista podrá así obtener **cincuenta números** para el sorteo de los estupendos regalos de PINOCHO. Recordamos que en PINOCHO se publicarán los nombres y retratos de los pinochistas premiados. **El sorteo se hará ante notario.**

Claro es que cada pinochista puede obtener tantas veces cincuenta números para el sorteo como colecciones de los ocho cupones nuevos (o como colecciones de cincuenta cupones antiguos) nos envíe. Y claro es también que los suscriptores que ya por serlo tienen derecho a cincuenta números, pueden además obtener otros cincuenta por cada colección de los **ocho cupones** que nos envíen, de acuerdo con las instrucciones que oportunamente publicaremos.

LOS 33 REGALOS DE "PINOCHO", QUE COMO SABÉIS VALEN MÁS DE

5.000 pesetas

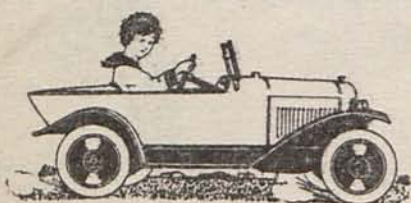
son los siguientes:

DOS ESPLÉNDIDOS «AUTOS»

CITROËN

que valen más de

1.200 ptas.



Estos preciosísimos *autos* son completamente iguales que los grandes de la famosa marca, y están contruidos en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tienen tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMÁTICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para estos *autos*. Además, tienen la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.

ADEMÁS DE LOS DOS CITROËN, PINOCHO OS REGALA:

2 magníficas bicicletas de verdad.	Ptas. 600	3 Triciclos con aros de goma.	Ptas. 675
2 formidables locomotoras mecánicas.	250	1 Tren eléctrico admirable.	250
6 preciosas muñecas.	450	2 casas de muñecas.	350
1 «trousseau» de muñeca completo.	250	2 tocadores «de verdad».	150
12 colecciones completas de la serie Pinocho contra Chapete.	600		



Nunca se ha conocido esplendidez semejante. Pinocho, no es sólo el muñeco más heróico y más divertido; es también el más generoso.

Ayuntamiento de Madrid

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA" — DIR. S. BARTOLOZZI.

ADMINISTRACIÓN } SAN-SEBASTIÁN } ADMINISTRACIÓN }
CIERRE Y TALLERES } CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES } MADRID.



AÑO I

NÚMERO XIII

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas
SEMESTRE..... 7,75 --

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

EL TRIUNFO DE VELLONCILLO



En un país remoto, muy remoto, en medio de unos frondosos bosques, había un palacio habitado por el carnero Sr. Panzaverde, poderoso dueño y señor de todos aquellos contornos, quien tenía una hija llamada Sedalina, ovejita tan linda, blanca, delicada y buena, que todos los animales habitantes del país estaban encantados con ella. Leones, elefantes, gallos, gatos, perros, hasta ratones, toda la especie zoológica de veinte leguas a la redonda, se disputaban la blanca mano, es decir, la blanca pata de Sedalina.

Entre los que aspiraban a casarse con la linda oveja, ninguno tan gentil como Velloncillo, un humilde y honrado corderito, que, aunque muy pobre, estaba siempre acicalado y limpio.

Sedalina quería a Velloncillo; pero el testarudo y soberbio Sr. Panzaverde se oponía a la boda, porque quería para su hija una proporción más ventajosa.

Los días de fiesta se reunían en una explanada que había frente al Palacio todos los pretendientes a la blanca patita de la ovejita, y era tal el escándalo que armaban con sus discusiones y disputas, que a veces llegaban hasta a enredarse a golpes, teniendo que acudir la pareja de elefantes, guardias de la porra, a poner paz entre los contendientes.

Hasta que el señor Panzaverde, harto ya de tanta pelea ruidosa y de tanto jaleo que no le dejaba dormir la siesta, según tenía por costumbre todas las tardes, decidió poner fin a la lucha eligiendo marido para su hija Sedalina.

Y llamando a los pretendientes, les habló así:

—Todos estáis decididos a casaros con mi hija, muy bien; pero como yo me encuentro sumido en un mar de confusiones por no saber a cual elegir, he decidido que demostréis vuestros méritos en un interesante partido de fútbol. Aquel de vosotros que quede mejor, se casará con Sedalina.

Y en medio de la expectación consiguiente, el poderoso Sr. Panzaverde volvió a entrar en su Palacio, sin fijarse en Sedalina, que asomada a una de las ventanas de la planta baja del edificio conversaba con Velloncillo, que había corrido a comunicarse con su amada, una vez enterado de la disparatada pretensión de su presunto suegro.

—Ya ves tú, Sedalina —decía el lindo corderito—, ¿cómo voy a luchar yo al fútbol contra el mulo o contra el toro?

Ellos son más fuertes, y de una coz o una cornada me desharían.

—No te apures, Velloncillo —respondió Sedalina—. Mañana, en lugar de ir a tomar parte en el partido, ven aquí, y ya veremos lo que decidimos.

Y retirándose de la ventana para que no los sorprendieran, la ovejita fue a encerrarse en su alcoba para madurar el proyecto que acababa de concebir.

□ □ □

Al día siguiente celebró el partido de fútbol.

Las jirafas, naturalmente, ocuparon las respectivas porterías. ¡Cualquiera les mete un «goal» con ese cuello y esas patas tan largas que tienen! Los defensas quedaron a cargo de un toro y un elefante; y así fueron cubriéndose todos los demás puestos del equipo, siendo, como es lógico, las liebres las que formaron en las vanguardias de extremos de las líneas delanteras.

El árbitro era el Sr. Panzaverde, que llevaba sobre el lomo un lorito, para que gritase: «¡Lorito real...!» en cuanto uno de los «equipiers» cometiera un «faut».

Y celebró el encuentro...

Pero mientras todos aquellos animales se reventaban corriendo tras el balón, pegando patadas y trompicones, Velloncillo, puesto de acuerdo con Sedalina, huía con ella por una de las puertas traseras del palacio, corriendo a celebrar la boda que tenían concertada de antemano.

Cuando el hipopótamo, vencedor en el partido, se presentó reclamando el premio ofrecido, Sedalina y Velloncillo hicieron público su ardid dando cuenta de su enlace, lo que hizo mucha gracia al señor Panzaverde y obligó al feo vencedor a huir chasqueado.

Contentos y felices vivieron en el castillo el señor Panzaverde, Sedalina y Velloncillo, en unión de los borreguitos que fueron naciendo, y que fueron... muchos, no me acuerdo cuántos.

Bien merecido tuvo el triunfo el simpático Velloncillo, porque contra la fuerza bruta vence siempre la habilidad, la astucia y el amor.



E. ROLANDI.

CURIOSIDADES

¿SON INÚTILES LAS VUELTAS QUE DA UN PERRO AL ECHARSE A DORMIR?

Hoy, quizás lo sean; ayer, hace mucho tiempo, seguro que no lo fueron. El perro da algunas vueltas, como titubeando, antes de acostarse, por una razón sencillísima. Hace siglos, muchos siglos, todos los animales, las plantas y todos los vegetales, fueron silvestres. Criábanse en la tierra, apartados del hombre. El perro, en esa época, acaso no fuese enemigo del hombre, como lo es el león, pero es seguro que tampoco era su amigo. Vivía por sí solo, buscándose la vida sin auxilio de nadie, medrando en su propio provecho, luchando, a veces, con los demás animales de su familia. Es decir, el perro, en un tiempo, no fué animal doméstico, de la casa, y vivía, como también vivió el caballo en otras épocas, absolutamente libre, apartado del hombre, huyendo cuando lo encontraba. Ni que decir tiene que, en semejante estado, el perro no dormía bajo techo alguno, sino



en la selva. Cuando en ésta se preparaba para dormir, el perro, por instinto, daba una porción de vueltas para apisonar las matas que le habían de servir de lecho. De aquí data, precisamente, la costumbre que hoy observamos en aquellos animales. El perro fué cazado, domesticado luego y, a pesar del tiempo, aún conserva aquella su primitiva tendencia, que recuerda su vida salvaje, de libertad absoluta.

Hoy preparamos a nuestros perros, para que duerman cómodamente, un lecho más o menos blando. Pero nuestros perros no han perdido su antigua costumbre, y los vemos dar vueltas, tontamente, encima de su cama, como apisonando hierbas que no existen.

NUEVAS AVENTURAS DEL BARON DE LA CASTAÑA

EL GRAN PARTIDO

En aquella época me dedicaba yo a jugar al fut-bol con el famoso equipo que llevaba mi nombre: «El Barón de la Castaña F. C.» Todo nuestro empeño era el ser campeones de California; ya habíamos vencido al «Buscadores de Oro F. C.», y al «Sopa de hierbas



Atletic», y sólo nos restaba un partido con el club denominado «Pequeños empleados de los Grandes Almacenes de latas de conservas Sporting», para conseguir nuestro deseo.

El día del partido había una expectación tan enorme que el campo era insuficiente para contener tanto público como quería entrar. Los revendedores más robustos se colocaron en una fila y alquilaban sus hombros para que sobre ellos pudieran ver el partido algunos aficionados. Al aparecer los equipos en la pista fuimos ovacionados largamente. Mi aparición, vestido de futbolista, pero sin abandonar mi sombrero de copa, fué causa de numerosos comentarios.

Nos alineamos, y mi esposa Adelaida recibió una imponente ovación al dirigirse a la portería que iba a defender, ya que era la guardameta de nuestro equipo.

A poco de dar comienzo el partido, Adelaida hizo una de las suyas: al repeler una entrada del delantero centro del «Pequeños empleados de los Grandes Almacenes de latas de conservas Sporting», tuvo la mala fortuna de caer sobre él y aplastarle. Al pobre jugador lo retiraron cuando era ya transparente como una loncha de jamón partido a máquina.



He de decir que en el primer tiempo, nos dominaron algo los contrarios; fué una ligera presión enemiga que se tradujo en que al final del medio tiempo tuviesen ellos nueve goals por cero nosotros. Durante el descanso, mis compañeros estaban desconsolados.

—Como sigamos así, nos ganan —decía uno.

Pero yo les infundí ánimos diciéndoles:

—No preocuparos, yo ganaré el partido.

A poco de reanudarse el match, surgió un balón alto en un despeje del portero contrario. Me precipité y lo cogí con la cabeza, es decir, con la chistera; el balón, al caer, hundió la copa y quedó encasquetado. De esta forma dí mi primera arrancada; los contrarios no sabían cómo quitarme el balón, pues por mucho que levantaban las piedras no lograban arrebatármelo del sombrero. Llegué a la portería y me metí dentro; el árbitro pitó; era goal.

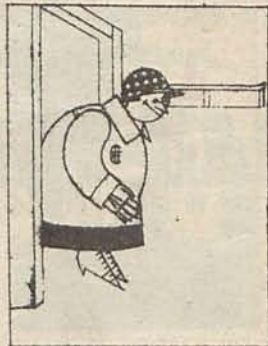
Estalló una ovación inmensa que se repitió nueve veces, pues empleando la misma táctica logré que el marcador nos apuntase hasta diez goals, uno más que los contrarios.

Los pobres «Pequeños empleados, etc.» se desconcertaron al contemplar mi táctica nueva, que les llevaba a la derrota, y ya no dieron pie con bola.

Solamente una vez se acercaron a nuestra meta, y aprovechándose de que la dulce Adelaida se había enredado a tortas con uno del público, dejando sola la portería, chutaron por bajo, pero no contaban con que yo, que había bajado a la defensa, me hallaba cerca, y al ver que el balón iba derecho a la meta, le arrojé con violencia el sombrero, desviándolo a corner.

Así fué como ganamos ese partido y quedamos proclamados campeones de California.

En vista del éxito, mi club organizó un banquete en honor de la chistera, que había sido la verdadera vencedora.



EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con

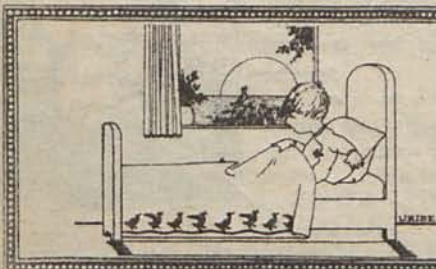
JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)

y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con

JABON CALBER (PASTILLA 1,25)

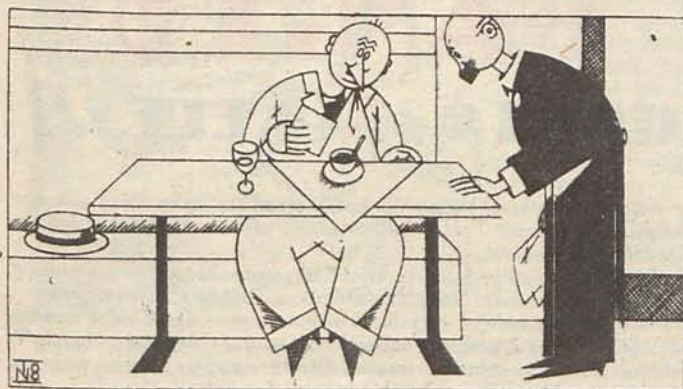
porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN

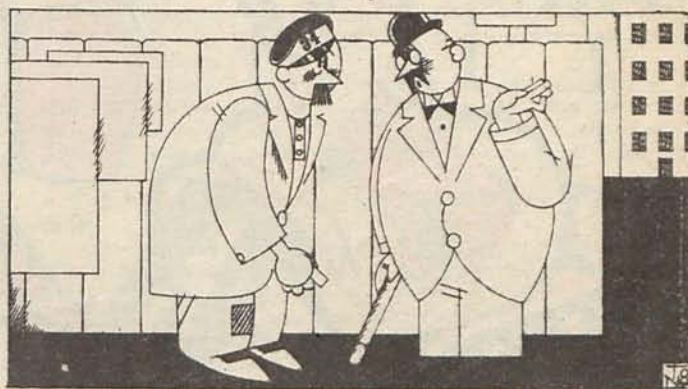


Ayuntamiento de Madrid

CHISTES



—Oiga, camarero. No son más que trece pesetas y usted ha puesto catorce en la cuenta.
—Perdone el señor; pero creí que era usted supersticioso.



—Oiga, mozo. ¿Quiere usted venir a llevar un baúl?
—No puedo moverme.
—¿Por qué?
—Porque no tengo cuerda.



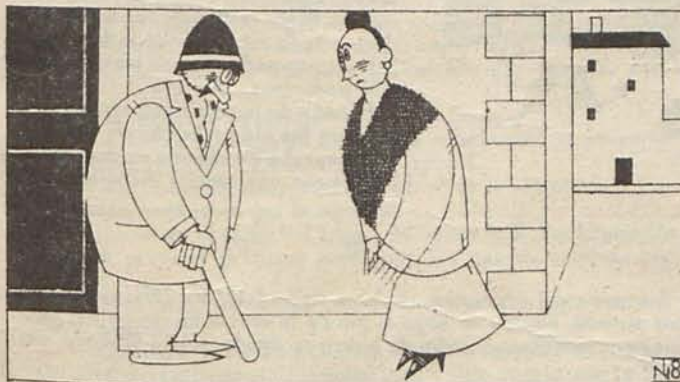
—¡Señora Paca! ¿Y su niño el chiquitín? ¿anda ya?
—¡Ya lo creo! Hace seis meses que está andando.
—¡Pues ya estará muy lejos!



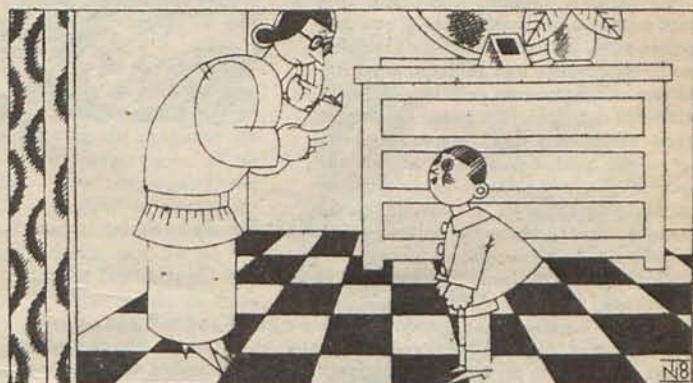
—¿Qué hacías con los ojos cerrados delante del espejo?
—Miraba cómo soy cuando estoy dormido.



—¡Una limosnita para este pobre ciego que tiene que mirar por estas criaturitas!



—¡Hay que ver, D. Cipriano, qué camisa más sucia lleva usted!
—Sí, sí, mi patrona se pasa el día hablando, y yo sin ropa.
—Pues le está haciendo falta a usted una muda.



Lección de francés.

—¿Cómo se llama mamá?
—Mère.
—¿Cómo se llama papá?
—Père.
—¿Y cómo se llama la criada?
—Maria.



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISEPTICOS CALBER
son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.

Ayuntamiento de Madrid



LA TRAIÇION DEL HADA RANILDE (CUENTO DE CALLEJA)

—¡Cosa más rara! ¡Una rana barómetro, que sabe Dios cuántos años llevará aquí! Trataré de venderla como curiosidad al Museo de Historia Natural.

Ranilde se indignó al oír aquel atrevimiento. Pero disimuló, y cruzando sus manos, lanzó al rústico una mirada enternecedora.

—¡Pobre animalejo! —exclamó el botellero—. Debe estar muerto de hambre; voy a ponerla sobre la mesa para darle de comer. Y volvió el frasco sobre el mantel. Ranilde cayó de cabeza; pero en seguida se repuso, y puesta en jarras exclamó:

—¡Tú sí que tienes cara de muerto de hambre y de bicho raro! ¡Pues vaya! ¡No sabe distinguir a una señora!... ¡Sabe Dios entre qué gentuza he caído! ¡Confundirme con una rana!

En el arrebato de su indignación, se apoderó, distraidamente, de un trozo de chorizo que rodaba por la mesa y que era toda la cena del pobre hombre, y de un salto se arrojó por la ventana sobre la hierba, dejándole con un palmo de narices.

I

A la muerte del Rey de las Islas de Coral, en una gran batalla contra los ejércitos del Rey de los Hielos Eternos, la Reina, aunque todavía joven y hermosa, se retiró a un convento en la cima de una montaña, desde la que podía divisar el mar que sirvió de tumba a su esposo. Y como si también ella se hubiese enterrado en vida, no volvió a saberse de ella.

La sucedió en el trono el Emperador del Sol Poniente por su alianza con la princesa heredera, Esplendor del Mar. Soberanos y pueblo vivían felices y los años transcurrieron sin otra variación notable que el sucesivo nacimiento de tres príncipes: Rayo de Sol, Rayo de Luna y Lucero de la Tarde, tan bellos como su madre y llenos de precoz inteligencia.

Bien es verdad que en lo tocante a inteligencia mucho influían los consejos de Pimienta, el más astuto de los duendes, a quien la Reina Esplendor debía su belleza y su felicidad, y que seguía velando por los intereses de la real familia.

Como es natural, Pimienta era adorado de la Corte. Todos le miraban como a un ser extraordinario, y el príncipe heredero, Rayo de Sol, que ya contaba diez años en la época a que nos referimos, le quería como a otro padre.

El famoso duende, nombrado primer ministro, se había casado con una prima suya llamada Mostaza Diáfana, no precisamente una belleza, pero lista también como una ardilla y llena de virtudes domésticas a pesar de su elevada situación. Ella misma vigilaba todos los quehaceres de su casa, y por eso un día, registrando en la despensa, halló un montón de botellas y de frascos vacíos, llenos de polvo y telarañas. Sin duda no los habían tocado desde hacía años y años.

Doña Mostaza llamó en seguida a la cocinera Canela, que acudió presurosa, y la amonestó:

—Pero, mujer. Ya he dicho que no me gusta encontrarme rincones. Vaya un nido de telarañas. Hágame el favor de poner todas estas botellas en un cesto y en cuanto pase el hombre que compra las botellas, se las vende. Siempre dará algo, aunque no sea más que para comprar perejil.

Justamente pasaba por la calle el botellero con su borrico, y Canela le mandó subir en seguida. El hombre se llevó las botellas por doce reales y siguió su camino, sin pensar que entre los frascos vacíos y los trapos viejos llevaba nada menos que a la famosa hada Ranilde, reina de los estanques, y cautiva en un bote de pepinillos desde hacía diez años, por obra del duende Pimienta, a quien no podía ver.

¡Diez años de cautiverio! La pobre Ranilde estaba extenuadísima y neurasténica; había renunciado ya a toda tentativa de evasión, cuando, de pronto, varias sacudidas la sacaron de su sopor, y las cortinas de telarañas desaparecieron, dejando ver que una nano enorme y peluda rodeaba su prisión de cristal.

Era el botellero, que, una vez en su choza, se entretenía en desempolvar su adquisición, para revender de nuevo las botellas. Al ver a Ranilde en el frasco, exclamó:

II

Después de restaurar sus fuerzas, Ranilde emprendió el camino de su reino, con el corazón ardiendo en deseos de venganza. Pero al llegar al borde del estanque donde tenía su palacio, casi se desmayó de estupor. Todo había cambiado. Ya no había estanque, sino una verde pradera, en la que no se veía una rana, sino hormigas y escarabajos trabajando afanosos en las labores del campo. Sólo un pequeño charco, lleno de agua verdosa y de berros, marcaba el sitio que ocupaba antes la Reina de las Aguas Muertas. Pero las pocas ranas que allí había, biznietas de las que formaron la corte de Ranilde, no sólo no la conocían sino que, ¡horror!, vivían en república.

Sin perder tiempo, la ex Reina se puso en camino para encontrar el paradero de Mirliton, el más famoso de los brujos del bosque, lleno de vejez y de sabiduría.

Le encontró al cabo de tres días, más viejo que nunca y sumido en la lectura de un enorme libro lleno de figuras de hechicería.

En pocas palabras le expuso Ranilde su deseo: Vengarse de la Reina del Sol Poniente y de Pimienta, y recuperar su perdido reino. Y después de oírla con atención, Mirliton dijo a la consultante:

—El único medio de conseguir tus deseos es la astucia. Por la fuerza no lograremos nada, porque los otros son más poderosos... Así que...

El resto de los consejos, en voz muy baja, no fué oído más que de Ranilde, que meneaba de cuando en cuando su cabeza con una sonrisa diabólica...

III

La noche era negra como la boca de un lobo. Ranilde, armada de una piqueta, cavaba un hoyo al pie de la encina más vieja del bosque para encontrar el cofre de hierro en donde, según Mirliton, sus





cofre. Pero después, pensando que no era prudente cansarse cuando le quedaba aún lo más difícil de la tarea, se acostó en la hierba y se durmió con la cabeza apoyada en el precioso cofre.

Cuando despertó, el Sol estaba alto en el cielo y era un espléndido día de primavera. Ranilde se bañó en un arroyo y luego se vistió con su traje de corte y su corona de oro, algo pasada de moda, pero así y todo, llena de esplendor. Y después de ordenar a un renacuajo que le llevase la cola, tomó el camino que conducía al Palacio del Sol Poniente, no muy lejano. Al verla llegar llena de majestad, a pesar de su pequeña estatura, los heraldos avisaron con sus trompetas que llegaba al Palacio un huésped de calidad.

Ranilde cruzó el puente levadizo con una gracia picaresca que hizo palpar el corazón de los guardias, y acercándose al portero mayor le preguntó con altivez:

—¿Está en el Palacio el llamado Pimienta?

El portero la hizo una reverencia y respondió:

—Señora: El primer ministro está de viaje con sus Altezas y no volverá hasta dentro de una semana.

—Mejor. Así no veré mamarrachos —escupió Ranilde con desprecio. Y siguiendo su camino llegó a la antecámara real, llena de cortesanas, que la abrieron paso con respeto.

Su arrogancia y su esplendor fueron la admiración de las damas, aunque alguna, como la Generala Espantamoscas, insinuase que el «peluche» color corinto no armonizaba del todo bien con los lazos de moaré canario, o como la duquesa de Salmigondis, opinase que todas aquellas joyas venían en línea recta del equipaje de una cómica de la legua.

Pero Ranilde, sin hacer caso de chismes, preguntó a un paje:

—¿Quién es la dama de semana?

—La duquesa de Santa Paciencia —dijo el paje señalando a una dama vestida de raso blanco y adornada de perlas. Ranilde se dirigió a ella y la dijo, con tono perentorio, que deseaba ver a la reina.

—¿Quién debo anunciar? —dijo la duquesa.

—La Reina del Lago de Esmeralda —respondió la perversa Ranilde con aplomo—. Es un asunto personal.

La duquesa, con una reverencia, entró en la cámara real y volvió al punto, rogándole que la siguiera.

Entraron en el salón del trono, en donde la Reina Esplendor del Mar se ocupaba en harcer ropa para los pobres, ayudada por sus damas.

Ranilde, después de las tres reverencias de rigor, exclamó con tono plañidero.

—¡Oh Reina llena de virtudes! Vengo a solicitar tu auxilio. Soy la más desgraciada de las soberanas y sólo cuento con tu caridad para remediar mis males.

La Reina la mandó sentarse a su lado, cosa que Ranilde hizo con cierto miedo de que la reconociese; pero sea por el traje de corte o porque no la recordaba, la Reina no se dió cuenta de que estaba hablando con su antigua enemiga.

fieles damas de honor, creyéndola muerta, habían enterrado sus galas de corte y la corona de Reina de las Aguas Muertas.

En la oscuridad de la noche brillaban los ojos de las lechuzas, y los gusanos de luz se paseaban con sus linternas verdes. Ranilde, llena de cansancio, proseguía su labor, haciendo huir a los fuegos fatuos, que odian a los seres vivos. Por fin la piqueta chocó contra algo metálico, y el hada redobló sus esfuerzos, logrando desenterrar el cofre intacto. Llena de júbilo, Ranilde empezó una danza sobre el



Tranquila ya, Ranilde contó a la Reina que sus Estados habían sido destruidos por los enemigos del reino de las Islas de Coral durante la última guerra, por haberse opuesto a dejar pasar las tropas invasoras, y que, por lo tanto, el deber del país del Coral ordenaba que se encargasen de las reparaciones necesarias, para lo cual sólo se necesitaba la friolera de cincuenta y dos millones, poco más o menos.

—Mi buena amiga —dijo la Reina un poco perpleja—. Aunque me parece mucho dinero, aun tratándose de una pretensión tan legítima, no puedo decidir nada, ni siquiera contando con el permiso de mi esposo el Rey, hasta que no regese de su viaje nuestro primer ministro Pimienta.

Al oír este nombre, Ranilde se desmayó. Claro que de mentiras, pero con elegancia digna de una gran actriz. Las damas se apresuraron a darla sales y agua de verbena. Y la taimada vieja exclamó con voz lastimada:

—¡Ay, señora! Acabas de nombrar a mi peor enemigo, al más malvado y perverso de los seres, causa de mis desdichas por su alianza con vuestros enemigos. Ni un momento más permaneceré en este palacio y renuncio a todos mis derechos si ha de ser él quien inter venga en ellos.

Y se levantó llena de dignidad. Pero la Reina exclamó sorprendida:

—Sin duda alguna te equivocas de nombre, mi buena amiga. ¡Pimienta es la bondad misma y la misma lealtad!

—¡Ja, ja, ja! —rió Ranilde, con desprecio—. ¡Cómo te tiene de engañada! ¡Bien se ve que eres demasiado bella para ser completamente inteligente! ¡Si supieras cómo habla de ti! ¡Aunque, como no me gusta meter chismes, prefiero marcharme sin hablar!

A pesar de su bondad, la Reina se inquietó. Pimienta, el adicto Pimienta, ¿sería capaz de hablar mal de ella?

—¡Era cosa increíble!

—¡Claro está —añadió Ranilde—, que si es verdad, como él asegura, que le debes tu belleza, no le debes poco! Pero, de todos modos, está mal que lo cuente a todo el mundo. Es una falta de delicadeza.

Hizo una pausa hábil, y continuó, abanicándose con un gran abanico de plumas amarillas:

—Además, es inverosímil, que, si como él cuenta, tenías la cara como la de un sapo, hayas quedado tan bien, porque no le creo capaz de semejante milagro. ¡Bueno que no fueses lo que se dice guapa, porque hay personas que mejoran cuantos más años tienen; pero así y todo, has debido tener años buenos!

En fin, eso es lo de menos... ¡Aún dice cosas peores! Naturalmente, hay gente, como yo, que no las creen; pero no todo el mundo es lo mismo...

Oyendo esto, y viendo que la Reina quedaba pensativa, la generala Espantamoscas, que tenía un antiguo rencor contra Pimienta, aprovechó para añadir:

—Me alegro que la Reina del Lago de Esmeralda desengañe a Su Majestad... Nunca quise contarla, por mi parte, que cuando aún era la Reina muy joven, el tal Pimienta me encerró en la despensa, en compañía de cuatro duendes, que hicie-

ron horrores conmigo, sólo porque dije, en el salón de la duquesa de Salmigondis, que la Princesa era un prodigio de belleza...

—Es verdad —dijo la de Salmigondis, encantada de la ocasión de vengarse de Pimienta—. ¡Por igual motivo, me cambió la maravillosa dentadura que yo tenía por la de un cocodrilo, y, de resultas, gasté en dentista una fortuna!



(Continuará en el número próximo.)



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PAPELERIA
SAN SEBASTIAN

MADRID

BILBAO

BARCELONA

OVIEDO

VALENCIA

VIGO

SANTANDER

Venta de los acreditados Cuentos de Calleja en colores, Aventuras de Pinocho, etc., etc.

SIEMPRE LAS ÚLTIMAS NOVEDADES



Ayuntamiento de Madrid

EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALLGARR

(Continuación.)

Jor, Riberac y Wolf acudieron al punto.

—Esperemos ahora —les dijo Cabeza de Piedra—. Entre tanto, los ingleses creen que la floresta está llena de americanos. Los tambores nos han hecho mejor servicio que si fueran piezas de treinta y dos. Y ya que somos dueños de la playa y que tenemos dos horas de tregua, hemos de pensar en nuestros estómagos. ¿No es así, señor Riberac?

—En mi almacén hay víveres en abundancia. Bien lo sabéis.

—Yo me encargo —dijo Petifoque.

—Os acompaño —dijo Jor—. Iremos deprisa y nos traeremos aquí lo que podamos.

—Cuidado con las sorpresas —advirtió Cabeza de Piedra—. No hay que fiarse de los marineros ingleses.

—Abriremos bien los ojos —repuso Petifoque—. Además de que tenemos las piernas bien ligeras aún, ¿verdad Jor?

—Ya lo creo —contestó el canadiense echándose al hombro su fusil.

—Y atención si disparan algún cañonazo. El marqués es muy capaz de dejar que ahorquen a su secretario.

Y volviéndose a Riberac añadió:

—Dejemos ahora este refugio, que no nos puede servir para nada, y vámonos selva adentro. El oficial lo ha visto y no tengo el menor deseo de hacerme cercar en ese agujero.

—Iba a proponérselo —dijo el traficante.

Se detuvieron aún algunos instantes, siguiendo con la vista a Jor y a Petifoque, y cuando los vieron desaparecer en dirección al fortín volvieron al matorral, conduciendo con ellos al secretario, a quien desataron las manos.

Aunque el huracán había cesado en el Champlain, violentísimas ráfagas de viento, impregnadas de pequeños copos de nieve, soplaban entre el ramaje, rumoreando sordamente. Ante ellos huían con las alas desplegadas grandes cisnes canadienses, que alcanzan a veces treinta libras de peso, seguidos de grandes bandadas de ocas y patos silvestres, notablemente mayores que los que viven en los pantanos y lagos europeos. Cabeza de Piedra, viéndolos abatir su vuelo hacia la tierra, meneaba la cabeza murmurando:

—¿Estará el Champlain tan borrascoso durante todo el invierno?

Pasaron la barricada, y con ramas de abedul y largas tiras de corteza, desprendidas con facilidad, construyeron rápidamente una pequeña choza, bastante holgada para resguardarse de la nevisca.

No hace falta decir que a su alrededor yacían los famosos tambores que habían hecho escapar más que de prisa a los marineros del marqués. Podían servir para batir la tercera carga si otras tropas desembarcaban en número considerable.

Apenas habían preparado su refugio cuando Jor y Petifoque reaparecieron, llevando algunas cajas sobre sus hombros.

—¿No han saqueado mi almacén? —preguntó Riberac al joven marinero.

—Todo está aún en orden, señor. Pero tengo que daros una mala noticia —respondió Petifoque.

—¿Qué es ello?

—Los ingleses han ahorcado a los seis marineros que escoltaban al señor Oxford.

—Los habrán sorprendido borrachos y quizá dormidos. Los ingleses no gastan chanzas con la disciplina. Son terribles.

—La culpa ha sido mía —dijo Riberac—. Y el caso es que si no los dejo beber incendian el almacén y nos dan muerte a Jor y a mí. Sé muy bien cómo las gastan los marineros en tierra.

—¿Los demás han desaparecido todos? —preguntó Cabeza de Piedra.

—Sí; marcharon hacia el bergantín —repuso Petifoque—. Los hemos visto reembargar, y no han dejado más que a esos seis desgraciados, que el viento mece ahora en los extremos de las ramas de un gran pino.

—¿Cerca del fortín?

—A cuatrocientos o quinientos pasos.

—Es feroz ese marqués. Su hermanastro, el barón Mac-Lellan, no ha colgado nunca a ninguno de sus corsarios en la punta de los pendones. ¡Ah, ese es un hombre...! Bien es verdad que si en sus venas corre sangre inglesa, también corre sangre francesa.

—Maestre —dijo Riberac, mientras Jor, Petifoque y los dos hessianos abrían las cajas y sacaban pernils, bizcochos, lenguas de bison ahumadas y algunas botellas—, ya me contaréis algún día por qué esos dos hermanos se odian tanto y vienen a encontrarse hasta América para matarse.

—Cuando comamos —respondió Cabeza de Piedra—. Hemos hecho una labor pesada, y además el ilustrísimo secretario del marqués debe de tener hambre.

No acostumbramos a negar víveres a los prisioneros, como hacen a menudo los ingleses.

—Así dicen las malas lenguas —dijo Oxford con voz siempre dura y altanera.

—Lo sé bien, señor mío; yo, que he sido por algunos días prisionero del marqués. Vosotros los ingleses preferís obsequiar con cuerdas enjabonadas a vuestros prisioneros, mejor que invitarlos a consumir raciones suficientes, a base de bizcochos y carne salada...

—Ya veo que no estáis muerto.

—Había gentes de corazón que, a escondidas del marqués, no me dejaban carecer de nada. ¿Es verdad, Petifoque, tú que me hacías compañía?

—Verdad es, como un libro impreso —repuso el joven marinero, mientras cortaba en lonjas los pernils y las lenguas, colocándolas sobre la tapa de una de las cajas—. Ni siquiera nos faltaba tabaco.

—Patre —dijo Ulric—. Comita pronta. No dejar escapar esta trecura.

Un cañonazo retumbó en aquel momento, seguido inmedia-



Gran Variedad en JUGUETES

GRAN VÍA 18

EXTENSO SURTIDO EN COCHES DE NIÑO

Ayuntamiento de Madrid

mente de otros varios; una granizada de balas caía sobre la selva, con rancos silbidos, derribando a su paso gruesas ramas, que caían al suelo con gran estrépito.

—Buena tregua tenemos! —exclamó Cabeza de Piedra—. Apenas son las once y ya han roto las hostilidades. Señor Oxford, el marqués parece haberos abandonado a vuestro destino. ¿No lo creéis así?

El secretario contrajo su rostro, arrugó el entrecejo y apretó los dientes; pero permaneció silencioso.

—Déjemoslos desahogarse —dijo el cañonero—. Lo siento por vos, señor Riberac.

—¿Por qué? —preguntó el traficante.

—Porque el bergantín comienza lanzar balas incendiarias sobre vuestro almacén, con el fin de incendiarlo.

—¿Cómo sabéis que son balas incendiarias?

—Un viejo artillero no se engaña nunca. Los proyectiles secos hacen otro ruido.

—Ya sabía yo que no acabaría mi almacén de buena manera! —dijo el traficante—. Los ingleses, los indios o los mismos americanos hubieran acabado por dejarlo vacío. Hace ya tiempo que estaba persuadido de ello, pero he tenido la precaución de esconder en lugar seguro mis guineas, fruto de tantos años de peligros y fatigas, y siempre seré bastante rico.

—Justo —dijo Cabeza de Piedra, que se había levantado, con una lonja de pernil salado y un bizcocho en las manos—. Los artilleros del bergantín han tomado vuestro fortín como objetivo. Se aprovechan de la breve calma que reina sobre el lago, y que acabará antes de la noche, porque cuando las ocas y los cisnes se refugian tierra adentro, es señal cierta de que la borrasca está próxima. Es pequeño este Champlain, pero siempre está colérico.

—Estamos en la mala estación —respondió el traficante, que se había sentado sobre el caído pino que servía de barricada, devorando un trozo de lengua ahumada, acompañada de bizcocho, y remojando el condumio con una botella de vino blanco seco procedente de Francia. Parecía no preocuparse de su almacén, que a aquella hora habría recibido de seguro más de una bala incendiaria.

Todos se habían puesto a comer tranquilos, como si encontraran lejos del alcance de cualquier pieza de artillería. El mismo señor Oxford se había dignado aceptar un salchichón.

Entre tanto, los cañonazos se sucedían, sirviendo de blanco el fortín a todos ellos. Seguramente el marqués había decretado su destrucción, creyendo acaso que en el se encontraban los americanos. Más de veinte cañonazos habían retumbado, repercutiendo intensamente bajo el ramaje del bosque, cuando Cabeza de Piedra señaló al traficante una nube de humo que se elevaba sobre el depósito.

—¿Cuánto perdéis? —pregentó.

—Cinco mil guineas —repuso Ribérac—. Pero el marqués me ha dado el doble por vuestra captura.

—Entonces, no os podéis quejar.

—En absoluto.

—Lo siento por los perniles, que se asarán alegremente, sin que los podamos probar —dijo el bretón—. Era cómodo para nosotros el almacén.

—¿Qué le haremos? Así es la guerra.

—¡Cuerpo de cien mil pipas rotas..., bien lo sé yo, que no he hecho otra cosa que combatir allende y aquende el Atlántico!

—Y siempre con una salud a prueba de bombas, ¿verdad?

—gruñó el traficante, con la boca llena.

—He recibido cascos de metralla, y no pocos, pero ninguno me ha mandado al otro mundo a patronear una barca de

Belcebú. Nosotros tenemos la cabeza dura y el pellejo lo mismo. Señor Riberac, vuestras provisiones se queman.

—Ya lo veo —repuso el traficante, sin dejar de comer—. Pero como no las podemos salvar, las doy por bien perdidas.

Una lengua de fuego atravesó los aires y fué a caer sobre el fortín, silbando, seguida de una lluvia de chispas, que se dispersó en los aires, en alas del viento.

Pasaron dos o tres minutos, al cabo de los cuales se oyó un formidable estampido. Las provisiones del fabricante habían sido presa del fuego, haciendo estallar el depósito.

CAPÍTULO VII

EL DOMADOR DE OSOS

Una gigantesca nube de humo, a través de la cual surgían columnas de chispas, envolvía el fortín por todos lados, obscureciendo en algún momento hasta el mismo Sol, que brillaba pálidamente, como si estuviese helado; después las llamas se desencadenaron con infinita violencia, despidiendo fuertemente hasta el puentecillo una lluvia de tizones ardiendo. Un olor acre se extendía rápidamente; olor de cuerpos grasos que se carbonizaban, con tanta más facilidad cuanto que junto a ellos se encontraban no pocas botellas de ginebra y de whisky, las cuales no se habrían librado tampoco del fuego.

Los cañonazos habían cesado. El bergantín reservaba sus proyectiles para más tarde. Cabeza de Piedra y sus camaradas observaban con mirada triste la obra devastadora del fuego, que ninguna bomba hubiese podido ya dominar.

—Ya estarán contentos —dijo el marinero volviéndose hacia el traficante, a quien aquel espectáculo había conmovido—. Ahora veréis que toman como mira el pino gigante, que les habrá señalado con toda precisión el oficialito. Estamos sin refugio alguno y amenaza tempestad.

—Otros árboles encontraremos, carcomidos como ése

—repuso Riberac, dejando caer el trozo de galleta que se preparaba a triturar—. Me preocupa la caza que no dejarán de organizar los ingleses para intentar capturarnos. No estoy persuadido de que crean en la existencia de tantos americanos aquí.

—Y yo menos que vos —respondió el bretón—. ¡Mil hombres sin un cañón siquiera...! He ido demasiado lejos... Veamos, señores: ¿no hay otros depósitos por aquí cerca?

—Hay uno a más de cincuenta millas, pero los ingleses lo habrán destruido ya.

—¡Ah..., se me olvidaban los pieles rojas, aliados de los ingleses! Me parece que mi pelo cano está en peligro.

—Acaso no nos escalpen, ni nos amarren al palo de tormento, porque yo he sido el que los he alistado y me deben alguna obediencia.

—¿Andarán lejos?

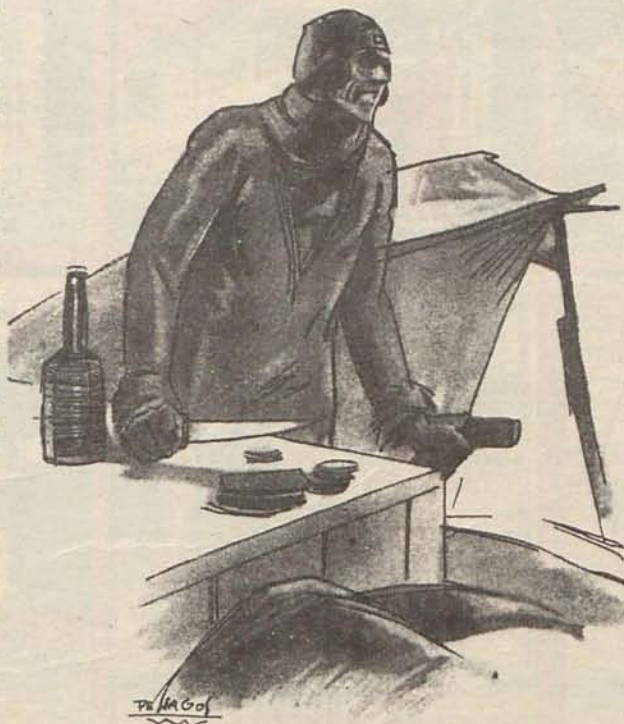
—Menos quizás de lo que creéis. Estos cañonazos habrán hecho que apresuren la marcha. Tienen el oído muy fino esos hombres.

—¿Y los dejaréis unirse a los ingleses?

—Sería nuestra pérdida segura. Por eso os propondría partir de aquí cuanto antes e ir en busca del gran sakem de los iroqueses, a fin de impedir a las dos hordas que lleguen hasta el lago. Por ahora debéis renunciar a la idea de atravesar el lago y ver los muros de Ticonderoga.

—Ya me lo figuro. Ese perro de marqués no ha querido cederme una chalupa. Y al secretario, ¿lo ahorcamos?

(Continuará en el número próximo.)



BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO
CAPITAL PTAS. 50.000.000 RESERVAS PTAS 20.757.452
DOMICILIO SOCIAL CALLE DE ALCALA 14 MADRID
CAJA DE AHORROS

SE ADMITEN IMPOSICIONES HASTA UN LIMITE DE 10.000 PESETAS ABONANDOSE EN LA ACTUALIDAD INTERESES A 4 POR 100 ANUAL

TODOS TITULARES DE UNA CARTILLA CON SALDO MINIMO DE 25 PESETAS TENDRAN DERECHO AL DISFRUTE GRATUITO DE UNA HUCHA DE AHORRO, QUE DEBERA DEVOLVER AL LIQUIDAR LA CUENTA O AL REDUCIR EL SALDO A MENOS DE LAS REFERIDAS 25 PESETAS

Ayuntamiento de Madrid

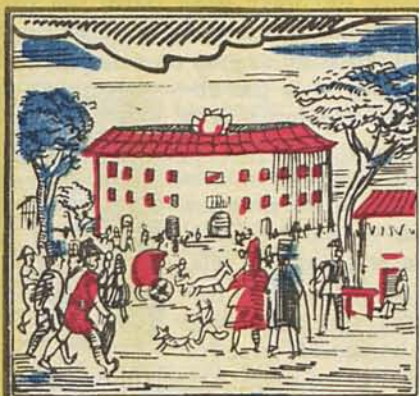


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALHUYAS TAURINAS

AÑO 1875



1. Cuando la corrida es buena
La plaza siempre se llena



2. El clarín y los timbales
Son dos partes principales



3. Trae la llave el aguacil
Para que abran el toril



4. Tararí... Tararí...
Sale el toro del toril



5. Cita el picador ufano
Con la garrocha en la mano



6. El toro acomete fiero
Y le pica muy certero



7. Así con mucho salero
Cita el buen banderillero



8. Le pone las banderillas
Sobre las mismas costillas



9. Con los peles después
Juega el toro como ves



10. El es pado muy valiente
Manda retirar su gente



11. Con estocada certera
Se deshace de la fiera



12. Las mulillas galopando
Llevan al toro arrastrando

¿SABEIS POR QUÉ...?

DIVULGACION CIENTÍFICA

¿POR QUÉ USAMOS TRAJES CLAROS EN VERANO Y OSCUROS EN INVIERNO?

Decididamente, todo el mundo procura, en la medida de sus medios, no sufrir calor en verano ni frío en invierno. Esto es muy razonable. Para ello acostumbramos a ponernos trajes frescos o abrigados, según las estaciones. La frescura o calor de un traje depende, como es natural, de la tela con que se haga. Y la frescura o calor de una tela depende, a su vez, de la sustancia de que está fabricada, del peso y naturaleza del tejido. ¿Y solamente de esto? De ninguna manera. Una tela puede ser más o menos calurosa según su color. Una misma tela será más fría si es blanca y más calurosa si la teñimos de negro. ¿Por qué? Una tela blanca, una pared blanca, un papel blanco, cualquier objeto pintado de aquel color, nos devuelve, despidiendo toda la luz que cae sobre él, y al

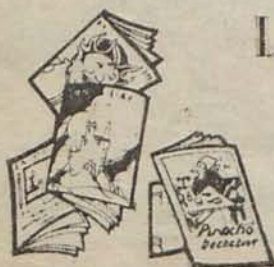
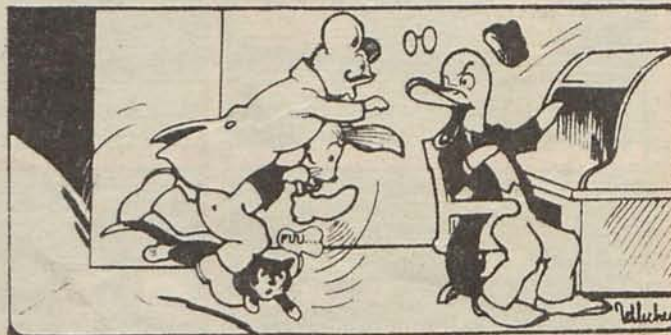


despedirla o reflejarla devuelve gran parte del calor que acompañaba a esa luz. En cambio una tela negra, todos los objetos pintados de negro, no reflejan nada, se quedan con la luz, y a la par absorben el calor que acompañaba a aquella. ¿Pero dónde se mete esa luz del Sol, por ejemplo, al chocar con la tela negra? No se mete en ninguna parte. Se transforma en calor y hace, por consiguiente, más cálida la tela. Por eso en verano preferimos los trajes de colores claros, que devuelven la luz y el calor, haciendo aquéllos más fresquitos, más ligeros, más agradables; en tanto que en invierno, como es natural, preferimos los trajes oscuros, los cuales, absorbiendo calor y luz, nos abrigan doblemente.



□ □ □

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESSO



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER 16 MADRID

Gran surtido en CUENTOS
y libros para niños y toda
clase de lecturas morales

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIAS DE ANIMALES

CÓMO SE CAZA UN LEÓN

Para cazar un león se va uno a Túnez. Es donde todavía quedan unos cuantos.

Túnez es una ciudad bastante típica. Claro es que los leones no están en la ciudad, sino en el campo, en la selva africana.

Los leones no están en la ciudad porque les gusta estar solos y no quieren nada con los hombres.

Pues bien, ya estamos en Túnez. Tú, amiguito lector, vas a acompañarme a cazar un león. Uno solo. ¿Para qué queremos más? En último caso, dos: uno para ti y otro para mí.

Lo primero que hacemos es ir a un hotel, lavarnos y cenar. Estamos cansados del viaje, ¿no?

Al día siguiente ponemos un anuncio en los periódicos diciendo que el domingo hay romería en la selva, y que habrá banda de música, gaiteros y guitarristas para que bailen los tunecinos.

Los días que faltan para el domingo, los empleamos en ver la población, que es muy pintoresca.

Cuando llegue el domingo, contratamos la música y la paseamos, tocando, por la ciudad. Todo el mundo se animará.

Por la tarde la gente se irá a la romería. Túnez se quedará vacío. Es decir: vacío, no. Quedaremos tú y yo, lectorcito amigo. Ese es nuestro plan.

Cuando la selva se llene de gente, los leones, asustados, se escaparán y llegarán a la ciudad.

Entonces nosotros coloca-

mos una jaula en un portal. En cualquier balcón de la misma casa ponemos este letrero:

FÉLIX LEO

Ya sabéis que este es el nombre científico del león.

Después, esperamos.

Los dos leones —el tuyo y el mío— pasearán por la ciudad y verán los escaparates.

Al llegar a nuestra casa se dirán, viendo el letrero:

—¡Hombre, un pariente nuestro!

—¡Es verdad! ¡Nuestro primo Félix!

—¿Vamos a subir a hacerle una visita?

—Eso. Le daremos una sorpresa.

Se colocarán en el portal-jaula, y cuando estén dentro no tenemos más que cerrar la jaula y traérmola.

Los leones ya no se nos escaparán. Y luego ya pensaremos lo que hacer con ellos. O los amaestramos y les enseñamos a hacer juegos malabares y encaje de bolillos, o nos hacemos una alfombrita para los pies de la cama.

Amiguito lector: Cuando quieras que vayamos de caza no tienes más que escribirle a Pinocho, nuestro buen amigo, para que me avise. Yo siempre estoy dispuesto.



LA CEBRA PREOCUPADA

Se la veía siempre preocupada, con la cabeza baja, como si estuviera pastando pensamientos tristes.

—¿Qué le pasará a la cebra? —decían los demás animales.

Hasta que, por fin, se supo la causa de aquella preocupación.

—Estoy triste por causa de mi camiseta a rayas. No es un traje correcto. Cuando yo era pequeña, podía pasar, porque los niños suelen llevar jerseys a rayas. Pero ahora, de mayor, ¿quién va en camiseta, como no sea futbolista?... No puedo ir a reuniones, ni a teatros, ni a ningún otro sitio. Parece que la gente me mira mal, y paso por un animal grosero. ¡Qué desgraciada nací, con esta piel, que siempre parece que estoy detrás de una reja!

Daba compasión verla gemir desconsolada.

—Póngase usted una gabardina, y no se le notará —le dijeron.

Pero esta idea no pudo ponerse en práctica, porque aún no se han inventado gabardinas para cebras.

—No salga usted más que de noche. De noche, nadie verá las rayas de su piel.

—De noche ¡hace tanto frío! Además, yo soy una cebra de buenas costumbres.

Todos le aconsejaban con la mejor intención. Hasta hubo quien la propuso que se tiñera toda de negro, y así, ¡claro!, no se le notarían las rayas negras. La preocupación de sus rayas llegó a hacer imposible la existencia en la selva a la pobre cebra. Una mañana, muy tempranito, salió de la selva, con dirección a la ciudad, a buscarse trabajo.

No había más peligro que el de que la encerraran en el jardín zoológico, como un animal curioso. Para evitar esto, la cebra, que no era tonta, escribió en un cartón:

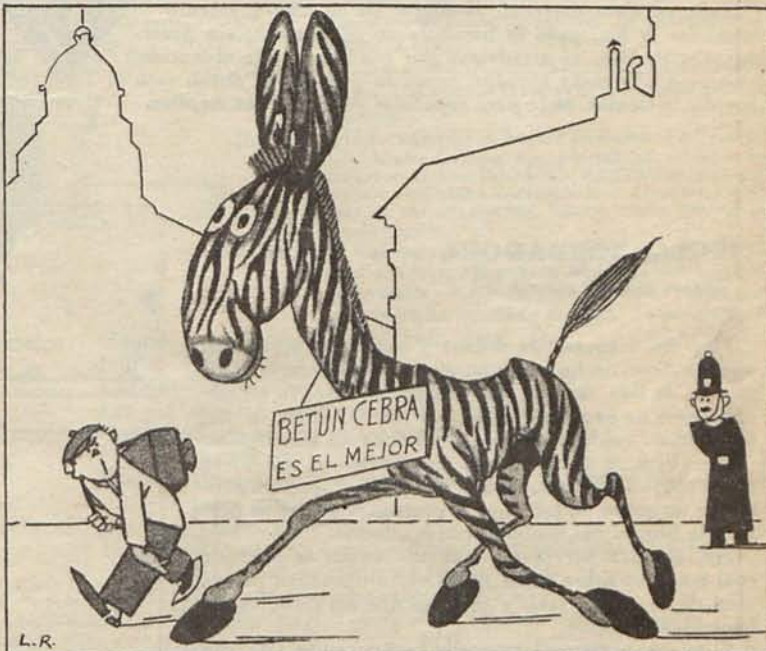
BETÚN CEBRA
Es el mejor

Con ese letrero se paseó por las calles, y a nadie le chocaba su presencia. Algunos, decían:

—Es un burro pintado, seguramente.

Cuando llegó a una agencia de colocaciones, subió a pedir trabajo.

Días después se colocaba de falsilla, con sus rayas negras y paralelas, en una oficina muy importante.



Muñecas Pagés

Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Pelíeros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid

Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA
(El castigo de la presumida.)

Hace tiempo conocí yo a una niña muy presumida, que se llamaba Lilita. No; si ya sé que algo presumidillas lo sois todas, y os gusta miraros al espejo, atusaros el pelo, estrenar un vestido bonito. ¡Conque soy yo de cartón, y no deja de preocuparme la magnífica lazada con que me adorno la cabeza antes de presentarme a vuestros ojos!

Pero como Lilita, nadie. ¡Con deciros que siempre que podía se daba polvos en la cara! ¡Una niña empolvada! ¿Hay cosa más ridícula y más fea? ¡Y había que ver cómo se ponía la infeliz! ¡Si parecía que acababa de sacar la cabeza de un bote lleno de harina!

Su mamá se desesperaba con ella por esta manía, y la reñía y la castigaba. Como si nada; Lilita estaba empeñada en que cuanto más blanca y parecida a Pierrot, más guapa había de resultar.

Bueno, todo esto era antes; lo que es después de la aventura de la otra tarde...

Figuraos que fueron a visitar a los papás de Lilita un señor y una señora, amigos suyos, con sus dos hijas, unas niñas encantadoras.

Naturalmente, Lilita, antes de entrar en la sala a ver a sus amigas, quiso empolvase a su gusto.

Sigilosamente entró en el cuarto de su madre, intentó encender la luz, pero la bombilla no se iluminó; sin parar mientes en ello, ni arredrarse por tan poco, en la oscuridad se acercó a la mesa tocador, buscó la polvera, la abrió, sacó la borla y, a tientas, se la pasó repetidas veces por las mejillas.

Luego, corriendo, segura de deslumbrar a todo el mundo con su blancura, entró en la sala.

Un grito general de asombro y de horror saludó su aparición; y ¡risas! ¡risas! El papá y la mamá, el señor y la señora, y las niñas y la institutriz, se atragantaban, lloraban de tanto reír. Y el que lanzaba las carcajadas más agudas era Pepín, el hermano de Lilita, un chico travieso, que se revolcaba por los suelos, de alegría.

La pobre Lilita, estupefacta, indecisa, permanecía en el centro de la habitación, sin atreverse a dar un paso ni saber hacia dónde mirar. Y de pronto, he aquí que dirigió los ojos hacia un espejo y, ¡horror!, el espejo le devolvió, no su imagen de siempre, no, sino ¡la de una negra!

—Esa no soy yo —no pudo menos de exclamar Lilita.

¡Menuda lección fue aquella! Y provechosa, por supuesto. Lilita no ha vuelto nunca a embadurnarse la cara, y, pasado el momento de rabia y de vergüenza, como es una niña inteligente, hasta se ha dado cuenta de que está mucho mejor así y más mona con los colores naturales de sus frescas mejillas infantiles.

Pero guardadme el secreto de la aventura, y si veis por ahí a Lilita, no le digáis que os la he referido.



PIRULA, BORDADORA

(Sobre para la servilleta.)

Hay mil maneras de doblar y guardar la servilleta: unos la dejan hecha un nudo; otros forman con ella una especie de flan, del que sale una punta; otros la retuercen, antes de anudarla, como una cuerda; otros, en fin, la enrollan cuidadosamente y le ponen un servilletero.

Pues bien: la mejor manera de guardar la servilleta no es ninguna de esas, sino el doblarla y colocarla dentro de un sobre de tela, que la protegerá contra el polvo y la librará del contacto con las demás.

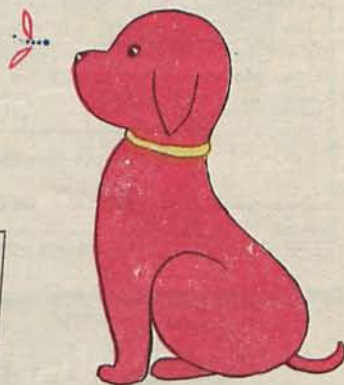
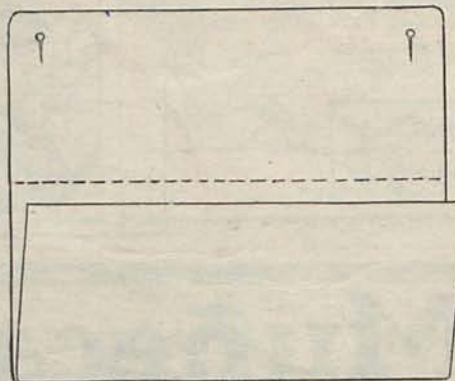
Así, el «ideal servilletero» en una familia es que cada cual tenga su sobre y que todos estén bordados por la niña de la casa... ¡ah!, y también que los modelos los haya ideado Pirula.

El que os presento hoy puede hacerse en tela de hilo o, para mayor economía, en tursor de algodón blanco o color «crudo».

Conviene bordarlo con algodón de bordar y no con algodón perlé, para que los tonos no se corran al lavarlo.

Tomy —es el nombre de este perrito que está asustado ante la perspectiva de que el mosquito le pique y le hinche las narices— va bordado en color salmón o rojo, a punto de zurcido y perfilado en negro a punto de cordón; también resultará preciso perfilar en negro los triángulitos de diversos colores que forman la cenefa del borde.

Cada ala de mosquito se hace con una sola puntada grande sujeta por otra pequeña, como suelen bordarse las hojas de la margarita;



y los cuerpos están formados por media docena de budoquitos azules.

Aunque sea tan fácil de hacer y bordar este sobre, tenéis labor para rato, porque en cuanto lo terminéis, papá, mamá, vuestros hermanitos, cuantos os rodean, querrán que les hagáis otros para sus servilletas respectivas. ¿Y para qué tenéis a Pirula, más que para sacar nuevos modelos de su cabecita de cartón?



EL TEATRO DE PINOCHO

EL PRÍNCIPE NO QUIERE SER NIÑO

COMEDIA REPRESENTABLE

(Conclusión.)

REY. ¡Pero si Extremadura no tiene mar!
 MIN. 3.º Pero rima con Segura.
 REY. ¡Ah, claro! Está muy bien. A Min. 3.º Yo bien quisiera darte un banquete; pero no puede ser.
 MIN. 3.º ¿Por qué no, señor?
 REY. Porque hay que dar el banquete a Gerineldo Brunete.
 MIN. 3.º ¿Y a mí no? Apenado.
 REY. No, puesto que Claudio no rima con banquete. Es lo mismo que lo de Extremadura.
 MIN. 3.º ¡Qué rabia me da! ¡Si lo sé, hago los libros en prosa!
 CHONÓN. ¿Qué hora es?
 REY, MIN. 1.º, MIN. 2.º Y MIN 3.º Mirando a sus relojes de pulsera, con movimientos idénticos, dicen a un tiempo: Las doce en punto.
 CHONÓN. Se asoma a la ventana. Ya deben estar subiendo la escalera, porque no se las ve desde aquí. Silencio.
 REY. Suspirando. ¡Ay!
 MIN. 1.º ¡Ay!
 MIN. 2.º ¡Ay!
 MIN. 3.º ¡Ay! Todos suspiran en medio del silencio. Un guardia bosteza y se retira.
 CHONÓN. Parece que tardan las princesas.
 MIN. 1.º Hay tanta gente en la plaza y tanto ejército esperando a que vos os asoméis con la princesa elegida, que tardarán en atravesar la muralla de gente.
 CHONÓN. Se asoma otra vez. No vienen aún... ¡Ay, sí! ¡Una, una! Con alegría; pero se entristece enseguida. ¡Bah!, es la repartidora de leche.
 REY. No te impacientes y siéntate. Chonón se sienta. Todos suspiran en el silencio, y el otro guardia bosteza y se retira.
 Mira, ya que tardan quiero que los Ministros te aconsejen un poco.
 CHONÓN. Bueno, espera un momento. Da unas palmadas llamando a Kiriki.
 REY. Pero, ¿por qué no llamas con el timbre?
 CHONÓN. Porque como ya tengo veintitrés años, debo acostumbrarme a llamar en los cafés.
 MIN. 1.º ¡Hombre, qué mono!
 Chonón vuelve a palmotear.
 KIRIKI. Apareciendo. ¿Es a mí?
 CHONÓN. Sí, hombre. ¿No ha venido nadie?
 KIRIKI. La repartidora de leche y el carbonero.
 CHONÓN. Majadero. Si digo de princesas.
 KIRIKI. No, no.
 CHONÓN. Pues baja otra vez y rebusca mucho por todo Palacio.



KIRIKI. Bien. Se va.
 CHONÓN. ¿Qué hora es?
 TODOS. Las doce y cinco.
 REY. Vengan los consejos.
 MIN. 1.º Si queréis tener animales domésticos en casa, no elijáis el león ni el elefante. Mejor es que compréis un caballo de cartón y un pez de celuloide.
 CHONÓN. Y un Ministro de cartón piedra, ¿no?
 REY. Incomodado ¡Silencio!
 MIN. 2.º Cuando le llegue la hora del recreo, no juguéis al marro, ni con los soldaditos de plomo. Como sois hombre, jugad a cavar, a llevar baules de verdad a la estación y a tocar los platillos en la banda militar de la Peonza de Oro.
 KIRIKI. Entrando. Alteza, yo no veo a nadie. Y eso que he mirado detrás de las puertas y todo.
 CHONÓN. ¿Y en el aparador?
 KIRIKI. También. Pero no había más que bombones.
 Le enseña un puñado. Kiriki se va y Chonón se queda triste.
 CHONÓN. Muy triste. ¿Qué hora es?
 TODOS. Las doce y cuarto.
 CHONÓN. Llorando. ¡Qué horror!
 REY. Tocando la campanilla. ¡Señores, ha quedado cerrado el plazo!
 CHONÓN. Llorando mucho. ¡Nadie ha querido casarse conmigo...! Se sienta en el suelo y se apoya, para llorar, en el asiento.
 REY. ¡Ha terminado la fiesta! Se levanta y se levantan los ministros. Le dejan paso y le saludan. Luego le saludan los guardias. Sale; detrás, los Ministros, uno a uno, después de saludarse con inclinaciones de cabeza. Por último, se van los guardias. Chonón queda solo, con la puerta cerrada.
 JACOBITO. Niño con traje de niño, entra muy despacito. Lleva un peón en la mano y se va hacia donde está Chonón. Le da en la espalda y le dice: Oye, Chonón, mira qué suavcito ha quedado el peón. Ya no muerde.

CHONÓN. Lleno de curiosidad ¿A ver?
 JAC. ¡Estupendo, chico!
 CHONÓN. Levantándose. ¿Le has probado?
 JAC. Sí; está hecho una seda.
 CHONÓN. Vamos a la Plaza a jugar.
 JAC. Si está llena de gente.
 CHONÓN. Bueno, diré que los echen, que ya no cumplo más que catorce abriles.
 JAC. Vamos, entonces.
 CHONÓN. Espera; voy a despedirme de estos señores. Al público. Al que no se conforma con sus años, le pueden suceder estos engaños. Adiós, amigos. Se van. Cae el telón, o se corren las cortinas.
 FIN

Lee las nuevas y extraordinarias aventuras de Pinocchio

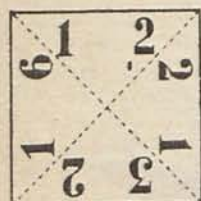
Ayuntamiento de Madrid



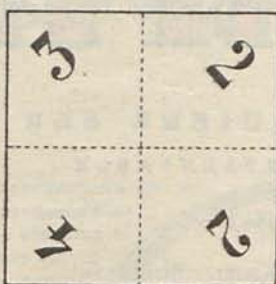
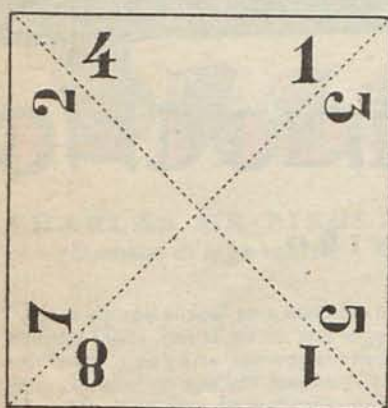
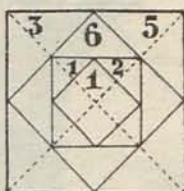
CONCURSOS

TRIANGULOS DE SUMAS IGUALES

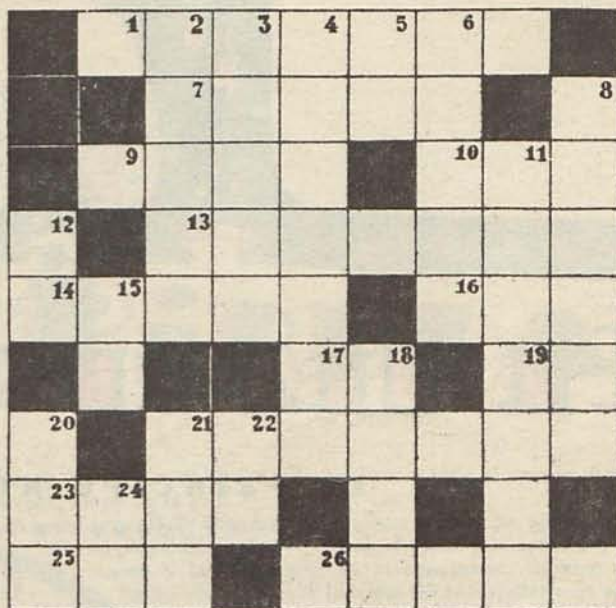
PALABRAS CRUZADAS PROBLEMA



Ejemplo



Pues, señor, este es un cuadrado; no, miento; estos son tres cuadrados de tamaños distintos. Con ellos os ofrezco un buen juego, un pintoresco entretenimiento, no poco entretenido. Calcad esos cuadros y disponedlos como en el ejemplo, los unos sobre los otros, de forma que coincidan las líneas de puntos. Veréis entonces que la figura obtenida está dividida en cuatro grandes triángulos, separados por las líneas de puntos. Pues bien: el juego, el entretenimiento consiste en conseguir que el total de las cifras que figuran en cada triángulo sea el mismo para los cuatro. Es decir, si uno de los triángulos suma 18, por ejemplo, los tres restantes habrán de sumar también la misma cantidad: 18. En esto estriba la dificultad, muy pequeña, por cierto, del pasatiempo.



LISTA DE INDICACIONES

HORIZONTAL

1. Héroe de Calleja.
7. Planeta.
9. Yo tuve miedo.
10. Usado por albañiles.
13. Hijo.
14. En este momento.
16. Río alemán.
17. Nombre de letra.
19. Bebida aromática.
21. Versos.
23. Los pájaros tienen.
25. Tiempo del verbo ser.
26. En la cabeza.

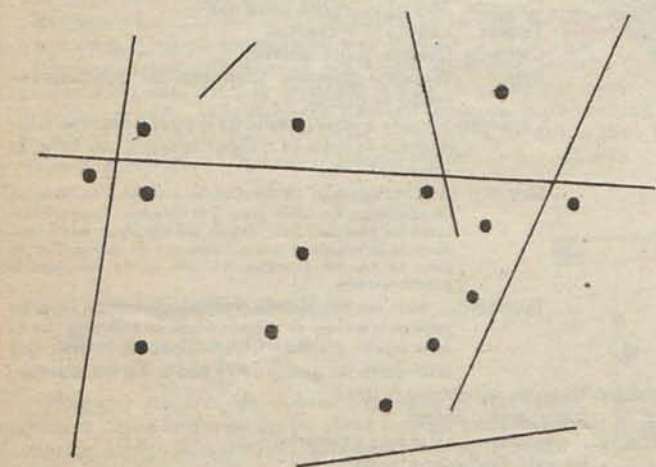
VERTICAL

1. Se usa para hacer tortilla.
3. Lo que hace un ingeniero con una máquina en piezas.
4. En el campo.
5. Preposición.
6. Lo que se prohíbe en museos.
8. Para volar.
11. Nervioso.
12. En el tennis se dice.
15. Verbo haber (Parte de).
18. Pronombre demostrativo.
20. Lo contrario de menos.
21. Se come siempre.
22. Pronombre personal.
24. Artículo.

La explicación de la manera de resolver este problema véase en el número anterior.

LAS ESTRELLAS NEGRAS

Ese cielo estrellado, de estrellas negras, se presta a una buena distracción. Aprovechando las líneas que cruzan de un lado para otro, absolutamente sueltas, y tirando otras que partan de los extremos de esas seis líneas, podréis formar una figura caprichosa, cerrada, dividida en departamentos. La distracción, la solución del pasatiempo está, precisamente, en encerrar una estrella, tan sólo una, en cada departamento cerrado. Esto es más sencillo de lo que parece, y todos los lectores, sin faltar uno, daréis con el procedimiento.



Hemos visto el entusiasmo con que habéis acogido nuestro anterior pasatiempo de palabras cruzadas. Hemos recibido, del tal pasatiempo, infinidad de soluciones, muchas soluciones. Vemos que los pinochistas, como esperábamos, se entusiasman con esos entretenimientos, que en estos días, en toda Inglaterra, y sobre todo en Londres, constituye el juego habitual de los niños y personas mayores. Constituye una moda, un verdadero furor. Contando con vuestro entusiasmo, PINOCHO seguirá dando pasatiempos de palabras cruzadas. Estos pasatiempos, según se vayan sucediendo, cada vez serán más difíciles. Para ellos creamos un gran premio, aparte de los demás concursos. Cuando termine la serie de palabras cruzadas recompensaremos con aquel premio extraordinario al concursante que haya enviado el mayor número de soluciones exactas. Si hubiera varios en iguales circunstancias, el premio —que anunciaremos a su tiempo y que será, como digo, *verdaderamente importante, espléndido, estupendo*— se sorteará inmediatamente, con absoluta garantía, entre aquellos concursantes que hayan mandado el mismo número de soluciones.

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

CUPÓN 13

♦ ♦ ♦ Colaboración infantil

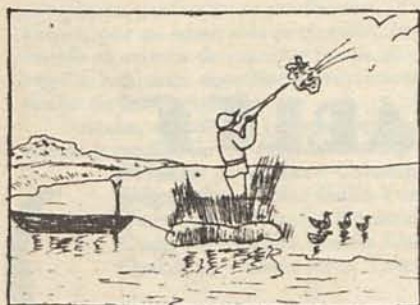
¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:

“Concursos PINOCHO”

CUPÓN 13

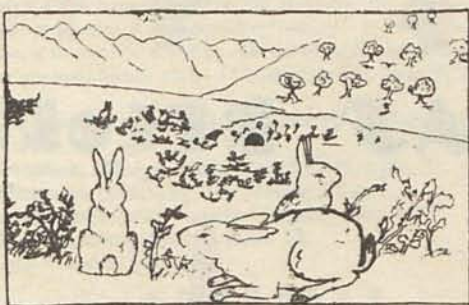
♦ ♦ ♦ Concursos PINOCHO

COLABORACION INFANTIL



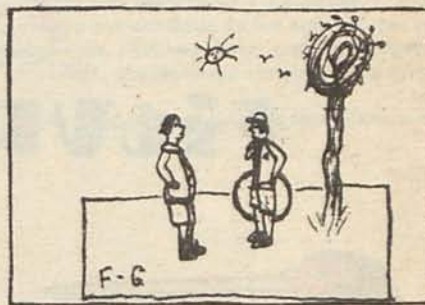
Don Cándido Maragato
disparando un tiro a un pato.

FEDERICO MELLADO.
Once años. Valencia.



Un buen tiro.

ERNESTO CERRA.
Once años. Madrid.



—¿Sabes cuál es el animal que se parece a una copla?

—... Pues no lo sé.

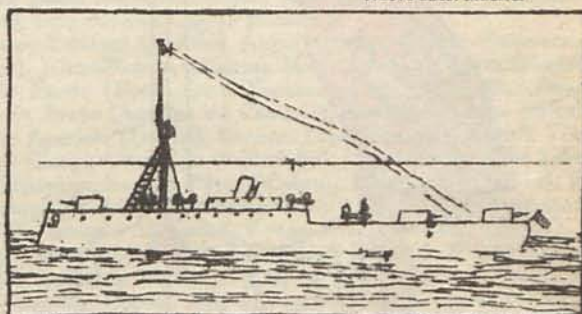
—¡Hombre! «La java... lina».

FÉLIX GONZÁLEZ.
Nueve años. Madrid.



Un refugio en la Sierra.

MATILDE CASTRO.
Nueve años. Madrid.



El Lamaliache.

JOSÉ FRANCISCO QUIJANO, G. CAMINO.
Ocho años. Santander.

MARTES, 13.



Va muy tieso el caballero
porque estrena un buen sombrero.

Mas viene una ventolera
y el sombrero va que vuela.

Y sin poderlo evitar
ve que le van a aplastar.

Y cuando reclama airado
un claque le han presentado.

CARMEN MUÑOZ.
Trece años. Madrid.

LOS NUEVOS INVENTOS DEL AUTO «FORD»



—¡Alto, señores! ¿Llevan ustedes contrabando? —gritó desahogado el guardia.

Pero los modernos contrabandistas que usan el auto «Ford» no hacen caso, y ¡crac!, tocan un resorte eléctrico, y dos zancos de que

estaba provisto caen hacia adelante, y ¡zás!, apoyándose en ellos, el auto da el salto de la garrocha, pasando por encima del policía sin romperlo ni mancharlo; pero dejándole torcido y maltrecho del susto. — GERARDO CONFORTO. Doce años. Mahón.

A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, nunca con lápiz ni en colores. Los cuentos no deben pasar de cuarenta líneas escritas en una cuartilla corriente. Mandad los trabajos firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad, y acompañados del cupón para «Colaboración infantil».

ADVERTENCIA:

Son tantos los trabajos que recibimos, que no es posible publicarlos con la rapidez que desearíamos; pero todos irán publicándose por el orden que se vayan recibiendo. Por eso os recomendamos que tengáis un poco de paciencia.

Autopianos
"MELODIA"-
"VIRTUOLA"

REPRODUCTORES de los
mas célebres pianistas
del mundo



Pianos-Autopianos
Harmoniums
Virtuola. S.A.

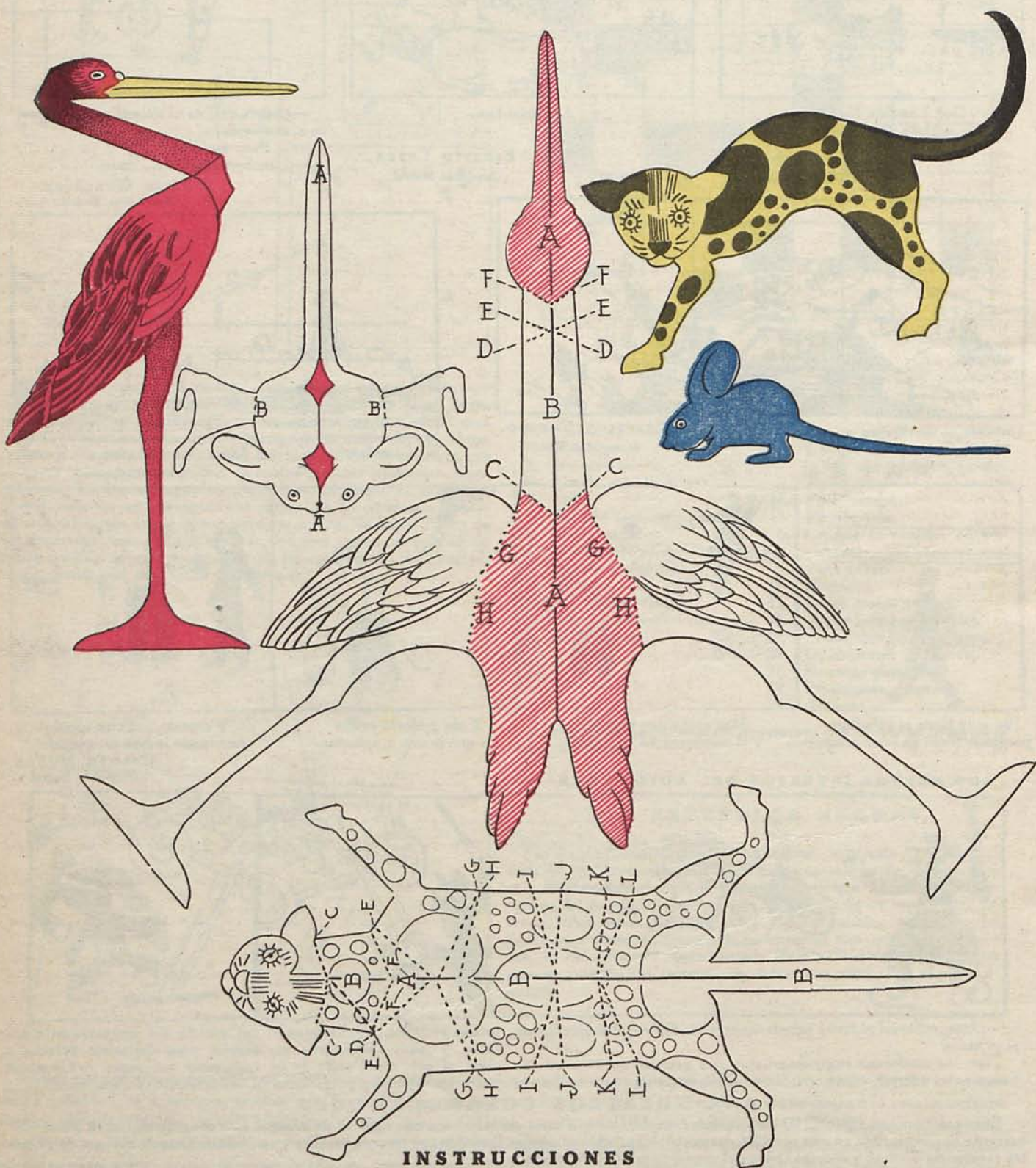
Avenida Conde de Peñalver
17 MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES



INSTRUCCIONES

Cigüeña.—Recórtese por la línea exterior. Dóblese por las líneas A, C y D hacia adentro, y por sus líneas B, E, F, G y H, hacia afuera. Péguense las partes rayadas con líneas rojas, un lado con otro.

Gato.—Recórtese por la línea exterior. Dóblese por las líneas A, M, F, H, I y K hacia adentro, y por las líneas B, C, E, G, J y L, hacia afuera. Dóblese el rabo hacia arriba, como indica el modelo, y péguese, una vez doblado el cuerpo, un lado con otro y la cabeza contra el cuerpo, dejando sin pegar las patas.

Ratón.—Recórtese por la línea exterior y los cuadrillos rojos. Dóblese por la línea A y las patitas por la línea B. Una vez dobladas, introdúzcanse por los cuadrillos rojos que ya habréis cortado y péguese el cuerpo un lado con otro.

NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construir estos preciosos muñecos.

Estas figuras no las recortéis del periódico, pues lo estropearíais; calcadlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintáis como el modelo.

Primera serie de Concursos.

FALLO DEL JURADO

El jurado constituido para examinar y premiar los infinitos trabajos recibidos para esta primera serie de Concursos, ha mirado y remirado con escrupulosidad suma cuantos pasatiempos han llegado a PINOCHO. De estos infinitos trabajos, 121 están como Dios manda, completos, perfectos, acabadísimos... De entre ellos hemos sacado los mejores, los cinco mejores, los más esmerados y deliciosos, que obtienen, por su admirable perfección, los cinco primeros y principales premios. A continuación damos los nombres de los autores que han tenido el acierto de resolver los pasatiempos y la suerte, además, de verse premiados espléndidamente. Dichos autores podrán recoger el regalo, habiendo acreditado previamente su personalidad, en la Administración de la Editorial Calleja, donde obran los premios a disposición de los agraciados.

Pinocho, ahora más generoso que nunca, ofrece en este día a los admirables pinochistas que han obtenido premio la más efusiva, caurosa y cordial de las enhorabuenas.

Primer premio.—Celestino Corcelles, Málaga. Doña Ana Bernal, núm. 3.

Segundo.—Pilar Gillis Yuste, Guernica (Vizcaya). San Roque, núm. 1.

Tercero.—Rosario Moretón Merino, Valladolid, Fuente Dorada, núm. 6, 3.º.

Cuarto.—Lolita Bretón Abad, Madrid, Campomanes, núm. 10.

Quinto.—Maria Reus, Talavera de la Reina (Toledo).

ACCÉSITS

Pilar San Vicente (San Sebastián), Manolito Gavilá (Melilla), Rafael B. Sánchez (Madrid), María Luisa Montero (Valladolid), Teresa Bermúdez Sanz (Madrid), C. Zaldívar García-Alfonso, Angel Pellicer (Madrid), Encarnita Rodríguez (Tarragona).

Miguel Alonso López (Madrid), Enrique Tamayo (Segovia), Joaquín Aguilar (Alicante), Mercedes Saavedra (Madrid), Manuel Puy Escudé (Zaragoza), Luis Varo Uranga (Segovia), Amelia Rodríguez (Bermeo), Pilar Milans del Bosch y Ussua (Madrid), Araceli Ruiz del Portal (Málaga), Carmen de Diego, Carlos León Vaquero (Madrid), Matilde Galiana (Almuñécar), Luis Pita de Veiga y Mesia (Ferrol), Gonzalo San José (Valladolid), María del Rosario de Iturriaga y García (Madrid), Ricardo Moreno Gómez (Antequera, Málaga), Cucú del Pozo (Melilla), Manolito García Álvarez (Santander), Luis Gualart (Madrid), César Corpas (Oropesa), Esperancita López Díaz-Ambrona (Badajoz), Mercedes González (Madrid), Carmelita Sobrino y González (Cádiz), Asensio Moratalla (Madrid), Conchita Díaz de Lizaño (Badajoz), Pura Barbero (Madrid), Fernando Moreno Barberá (Madrid), Luis Pascual del Pobol (Madrid), Manolito Trujillano Arana (Bilbao), Gerardo Zaldívar García (Villaviciosa), Alfonso Moreno (Madrid), Rosario Castaños (Córdoba).

María del Carmen Castelani (Madrid), Julita Antón (Madrid), Arturo Collado (Albacete), Rafael Díaz-Llanos y Lecuona (Tenerife), Arturo Menac y Calvo (Málaga), Juan Bautista Juaraja (San Sebastián), Arturito Azpeitia (Alloza), Chita Noval (Cádiz), Fernando García Díaz (Madrid), María Teresa Sagastizabaz (Madrid), Vicente Gauzo (Cádiz), Julita Liere y de España (Cádiz), Alberto Rodríguez Regidor (Cáceres), Isabel Blanco López (Almuñécar), Antonio Alcántara (Madrid), Matilde Cabello (Málaga), Juanito Alcántara (Madrid), César Luis Pérez Cubillos (Colunga), Manuel Barrera (Alicante), Antonio Orduña (Villafranca del Panadés), María Cris-

tina Blanco Fernández (Madrid), Luis Montel (La Coruña), Antonio Álvarez (Santander), Rigoberto Martín (Alicante), María Carmen García Alonso (Molledo-Portolin), Juan Díaz (Madrid), Loló González (Bilbao), Modesto Morán Gutiérrez (Malpartida de Cáceres), Manolín Ballester Rey (Santander), Enriquito Albert (Alicante), Antonio María Aguirre Tellería (San Sebastián), Gabriel Besué (Huesca), Luis Álvarez Goglar (Infiesto).

Enrique Estéfani (Madrid), Angel Gimeno Suárez (Talavera de la Reina), Jaime Badillo (Madrid), María Luisa de Larra (Madrid), Gonzalo Pardo (Santander), Fernando Riera Aisa (Barcelona), G. García Bravo (Aguilar de Campoo), Maruja Figueras (Bilbao), Antonio Aparicio (Toledo), Enrique López Martín (Madrid), Trinidad del Campo Cuadrado (Valladolid), José Vicente (San Sebastián), Francisco Sancho Pérez (Cabra), Pilar Sala (Madrid), Rafael Ortega (Madrid), Félix Bastarache y Carré (Madrid), Antonio Alejandro (Fuente Ovejuna), Rubén Prat (Sevilla), Pilar G. de los Ríos (Santander), Gloria Zalve, José Javier de Palacio y Blake (Madrid), Isabel de los Angeles M. de Letien (Madrid), M. G. Pomaret (Sarriá), Miguel, Angel y Javier García Lomas (Madrid), Adolfo Roncal (Madrid), Antonio Escibano (Valladolid), Oscarín Mairlot Díaz (Oviedo), José Pérez Navarro (Madrid), María García Rubert (Madrid), Magin González Olivella (Tarragona), Julio Jacinto (Madrid), Leopoldo Biel Pérez (Madrid), Fulgencio García (Palencia), María Luisa Valledor (Madrid), Amelia Montenegro (Madrid), Juan González Rigau (Tarragona), A. Álvarez (Madrid), María Halcón (Sevilla), María de la Concepción Sánchez (Madrid), José María Álvarez (Cartagena), Pilarín Claver (Zaragoza), Dario Fernández Solano (Madrid).

La lista de premiados continuará en el número quince.

CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí *contestaremos a todo el mundo*.

Juan Manuel Fanjul. (Madrid).—Admiramos al virtuosísimo Agustín, por virtuoso. Despreciamos al tío Clemente, por cruel. Ello te demostrara que hemos leído tu cuento con sumo gusto. Para otra ocasión, señor Don Juan Clemente, estaréis más acertado, sin duda. Así lo deseamos.

José Eguía. (Madrid).—Quedan admitidos tus graciosos chistes.

G. Gómez. (Madrid).—De los trabajos que nos remites hemos elegido un *colmo* y un *parecido*. Ambos saldrán más adelante, en llegandoles su turno.

Antonio Latorre. (Madrid).—Un poco de cuidado, amigo Antonio, y tendrás abiertas las puertas de PINOCHO. Aquí esperamos tus valerosos relatos, convencidos de que éstos gustarán a los lectores de la Revista.

Emilio Rebull Gálvez. (Madrid).—Muy bien. Admitidos. Tus chistes son excelentes.

Luis Fernández. (Madrid).—¡Tinta china! ¡Tinta china! ¡Luis! ¡Luis! **Ruperto Pérez Izquierdo.** (Valderas (León)).—Tus chistes quedan formando cola, Ruperto, gran amigo de Pinocho. Tus chistes están admitidos.

Encarnación González. (Madrid).—Pirula te felicita cordialmente por el acierto de tu cuento. Se publicará más adelante, conforme le llegue su hora.

José Iglesias. (Forrell).—¡Cuánto lamentamos que los lectores de PINOCHO no vean el precioso avión de tu padrino! Mándanos otra cosa, aunque sea un globo, y veremos si podemos exhibirlo. Tú estás llamado a ser, con el tiempo, un asiduo colaborador de nuestra Revista.

E. Macías. (Vigo).—Querido E.. Los dibujos han de venir en tinta china. Nada de colores. ¿Entendido? No olvides el consejo.

César Torres Gómez. (Madrid).—Tus bonitos dibujos, amigo César, quedan admitidos y pasan, desde este momento, a formar cola.

Félix Martínez Orojón. (Madrid).—Esperamos recibir otro trabajo tuyo, bueno, ingenioso, interesante. Por lo que hoy nos envías nos damos cuenta de que puedes hacer cosas maravillosas.

Miguel Mazarrasa y Quijano. (Santander).—Te reconozco, gracias; pero tu historietita hemos de apartarla. ¿Y sabes por qué? El loro tiene la culpa. Procura, en lo sucesivo, trabajar con un poquito de más limpieza, amigo Miguel.

Joselina Páiz. (Madrid).—Tus amigos del bosque quedan admitidos. El lorito, sobre todo, es una monería. Lo estamos enseñando a hablar, fauna de la que se ha encargado, con sumo gusto, tu buena amiga Pirula.

Manolo. (Valencia).—Tus dibujos han llegado a mis manos emborronadísimos. Por este motivo, tu Pinocho y tu Chapete quedarán aquí, para siempre, durmiendo... Procura en lo sucesivo, querido Manolo, dibujar con una pluma, y procura también no olvidarte de tus apellidos.

José Martínez Orojón. (Madrid).—Nos gusta tu dibujo, pero viene en color... Y ello, como sabes, es una dificultad, y no pequeña, para que pueda ser publicado.

Anatolio Díaz Valdeverdeja. (Toledo).—Un poco de más cuidado, amigo Anatolio, y conseguirás hacer un buen dibujo. Tus chistes están bien, pero el dibujo no lo está. Un poco de más cuidado amigo Anatolio...

Graciano Zapico. (La Felguera).—Admitido.

Juan Freixenet. (Melilla).—Hombre, ¡a lápiz! Te ruego que no me envíes tus cuentos, como has hecho esta vez, a lápiz. Es una pena, y una economía peligrosa. Tu cuento ha llegado, como no podría menos que suceder, borrosísimo, ilegible.

Antonio Corderos. (Rentería).—Admitimos tu dibujo, querido Antonio

Armando Astolfi Herrera. (Sevilla).—Tu cuento demuestra ingenio. Está bien, regular... Esperamos de ti, inconfundible sevillano, mejores trabajos.

Antonio Macía. (Elche).—Que tú puedes hacer buenas cosas, buenos dibujos, buenos chistes, es indudable. Lo que nos envías hoy no está, desgraciadamente, todo lo bien que debiera estar. Por ello lo dejamos aparte, en el cajón de los treinta *condados*.

P. Rodríguez. (Madrid).—Tinta china, y nada más, mi querido P. Nada de colores. Así lo vengo recomendando desde el primer número de PINOCHO. No olvides el consejo. Tú sabes darte maña para el dibujo.

Ignacio Peña. (Madrid).—Quedan admitidos tus chistes. No todos, es verdad; pero quedan admitidos algunos de ellos.

José Francisco Quijano. (Santander).—Las gaviotas de tu barco, amigo José Francisco, han llegado hechas una pena. Gaviotas hay en tu dibujo que parecen aeroplanos. Para otra vez, cuida de acelar bien, con un secante, tus dibujos, y de esa forma llegarán en estado publicable. ¿Entendido?

Miguel Mazarrasa Quijano. (Santander).—Lo mismo que a tu paisano y pariente. Te recomiendo un buen secante. Además, papel blanco, absolutamente blanco, para tus trabajos.

Carlitos Tejedor. (Madrid).—¡Oh, amigo Carlos! Un poco de paciencia. Con paciencia conseguirás hacer en lo sucesivo un magnífico dibujo, que publicaremos lo más pronto posible.

Luisa Rocio. (Madrid).—Admitimos el Castillo de Irás y no Volverás, la casa de tu tía y la del señor cura. Todo ello saldrá a su tiempo, simpática Luisa.

Gonzalo González. (Madrid).—Muy bien. Se publicará tu reloj de repetición.

Antonio Latorre. (Madrid).—Admirable Antonio: Es preciso que pongas un poquito de más cuidado. Tú eres un niño inteligente, y con poco que te esfuerces conseguirás hacer un buen cuento.

María de Lourdes Sadrástegui. (Madrid).—Eres una niña graciosísima. Tu dibujo, juntamente con su chiste, saldrá en PINOCHO, con harta alegría de tu buena amiga Pirula.

Rafael Alonso. (Valladolid).—También los tuyos, amigo Rafael. También los tuyos, en llegandoles su hora, aparecerán en la Revista.

Pedro Siles Galván. (Madrid).—¡Pero qué malito eres, Periquito! Si todo lo que mandas ha de ser, desgraciadamente, de esta categoría, no te molestes más. No me he atrevido a mostrar tus trabajos, por miedo a que se enfadase, a tu amigo Pinocho. Enmédiate Periquito.

Alfonso Moneo Segura. (Madrid).—Eres un muchacho muy hábil que conseguirás hacer buenos dibujos si pones un poco de cuidado. Pinocho te espera.

Cándido Melgore. (Guadalajara).—Admitido.

Antonio Silva Condo. (Comillas (Santander)).—Tu dibujo ha llegado emborronado. ¡Has escrito tanto en una página! Procura, para otra vez, la limpieza. Tú sabrás hacer tus trabajos, contra lo que has hecho hoy, absolutamente limpios. Así lo esperamos.

Elías Prieto. (Granada).—Hay talento en tu bonito cuento. Estoy seguro de que conseguirás hacer cosas mucho mejores. Un granadino tan inteligente como tú debe verse en PINOCHO.

Encarnación González. (Madrid).—También tus dibujos, por falta de un poco secante, han llegado emborronados. Procura adquirir ese secante, simpática Encarnación. Tu amiga Pirula, que tanto te quiere, te aconseja nos remitas algo nuevo.

Antonio Romero. (Zaragoza).—Quedan admitidos tus bonitos dibujos, que saldrán más adelante, conforme les llegue su turno.

Elena Olano. (Gijón (Asturias)).—Tu bella Isabel de Inglaterra queda en los aposentos del palacio de Pirula aguardando la hora en que ha de salir al público.

Titto Olano. (Gijón (Asturias)).—A fin de que no se aburra Isabel, le hemos enviado tu clon, que saldrá al público al mismo tiempo que la reina.

MADRID-PARIS

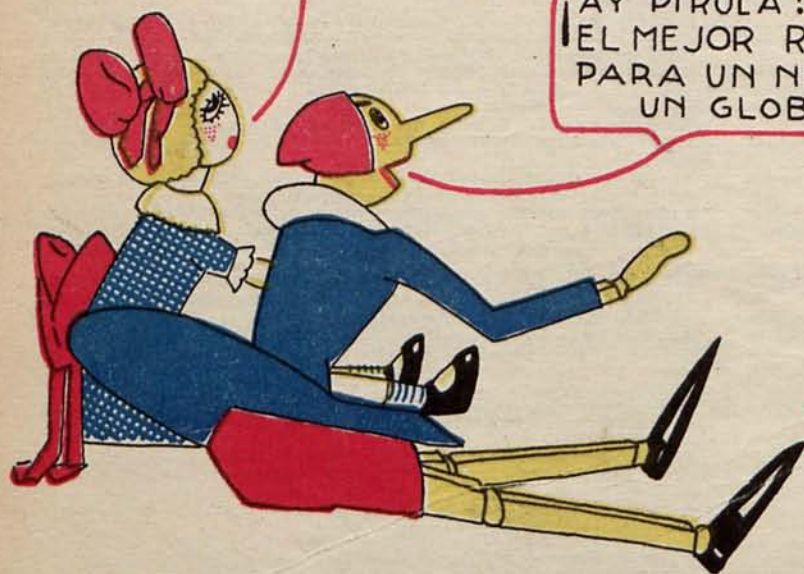
GRANDES ALMACENES



¡PINOCHIN; MIRA
QUE CONTENTOS
VAN ESTOS NIÑOS!

¡AY DIRULA! ES QUE
EL MEJOR REGALO
PARA UN NIÑO ES
UN GLOBO

¡GUAU GUAU....! LOS
GLOBOS QUE REGALA
MADRID-PARIS
SON LOS MAS BONITOS
¡YO QUIERO UNO...!



**TODOS
LOS
JUEVES
REGALAMOS
PRECIOSOS
GLOBOS**

